



**CIENCIAS,
LETRAS,
ARTES
É INTERESES GENERALES,**

Toda la correspondencia se dirigirá expresamente al Administrador de la REVISTA DEL TURIA, Teruel.

No se devuelven los originales.

La REVISTA se ocupará de todos los libros y demás publicaciones científicas y literarias que se remitan á la Direccion.

Los autores serán responsables de sus escritos.

Véanse los precios de suscripcion en la cubierta.

SUMARIO.

Crónica, por Ricardito.
Máximas, por D. Bernabé F. Romero.
Elocuencia de un cadáver, por D. Manuel Polo y Peyrolón.
Cosas de mi país, por D. Salvador Gisbert.
Miscelánea.—Anuncios, en la cubierta.

D. Bartolome Esteban y Marin por	4.278 votos.
» Mariano Muñoz Nougues.	3.808 »
» Francisco Garzarán é Izquierdo.	2.544 »
» Manuel Gómez Alaestante.	2.361 »

El primero pertenece al partido conservador ortodoxo, que acaba de dar una gallarda muestra de su pujanza y vitalidad ganando el primer puesto de la candidatura con la exhuberancia de votos que pueden ver nuestros lectores. El segundo pertenece al partido republicano histórico del que es jefe en esta provincia, y los dos últimos

CRÓNICA.

GL día 8 fueron proclamados diputados provinciales por el distrito de Teruel-Albarracín, los señores

son considerados como adictos á la política del señor Sagasta.

Además han obtenido votos don Juan Miguel Ferrer, 1.850; D. José Vicent, 1.463 y D. Simeón Calvo, 1.373.

Por el distrito de Montalbán-Calamocho han sido proclamados los ministeriales:

D. Antonio Bernad por . . .	4.284	votos.
» Raimundo Rivera . . .	3.749	»
» Mariano Latorre . . .	3.384	»
» Jaime Royo . . .	3.360	»

habiendo obtenido 393 votos don Enrique Vela y 334 D. Mariano Rivera.

La lucha electoral ha sido animadísima en algunas secciones, habiendo tomado parte en ambos distritos próximamente el 70 por 100 de los electores y sin que haya habido que deplorar ningún incidente desagradable.

Hay que consignar con satisfacción y con justicia, que en pocas contiendas de esta índole se habrá dejado sentir menos que en las pasadas elecciones el peso de la influencia oficial. El gobernador, señor Ordáx, ha probado que sabe gobernar respetando la libertad igual para todos.

A los dignísimos individuos que han merecido del cuerpo electoral la honrosa investidura de diputados les felicitamos con la misma sinceridad que felicitamos á la provincia, cuyos intereses generales deberán prosperar por los prestigios que llevan á la Diputación sus nuevos representantes, á quienes deseamos ver vivir en paz y concordia con sus no menos dignísimos compañeros del bienio anterior.

Nuestro querido amigo el diputado provincial por Alcañiz, don

Patricio Monzón, ha tenido la desgracia de perder víctima de breve enfermedad á su hija la niña Emerenciana Monzón y Barberán.

Reciban el testimonio de nuestro sentimiento sus desconsolados padres.

Un suscriptor de Montalbán nos denuncia un hecho vandálico que tuvo lugar en aquel pueblo en la noche del día 7, y que, según dice, es solo una muestra de los que se repiten frecuentemente á ciencia y paciencia de las varias autoridades que allí residen.

La casa en que habita D. Francisco Hernández fué apedreada, á las tres de la madrugada, llegando al extremo de querer allanarla dando fuertes golpes en la puerta, que fué empujada haciendo saltar una de sus enormes cerraduras, sin que afortunadamente pudieran lograr su objeto los autores de semejante escándalo por no haber podido romper otra de las cerraduras.

El señor Gobernador sabe perfectamente en que términos debe excitar el celo de las autoridades civiles y militares de Montalbán para que no se repitan, impunemente, esos desmanes que no son propios, ciertamente, de la cultura de la generalidad de sus habitantes, y no creemos equivocarnos al asegurar que lo excitará con buenos resultados.

Hemos recibido ocho cuadernos de la magnífica obra «Galería del arte decorativo» que publica la casa editorial de D. J. Aleu y Fugarull y que es de gran utilidad para pintores, escultores y tallistas. En ella encontrarán toda clase de descripciones y en sus láminas mucho útil que aprender y modelos que imitar.

Se suscribe en casa del editor, Barcelona.—Gracia.

He aquí lo que nos dice nuestro buen amigo Abel-Noa de la última velada de *La Unión*:

«Pensé, cándido de mí, que fuera fácil cosa hacer la reseña de la última velada habida la noche del 8 del actual en los salones de *La Unión*, y ahora veo que no se me hubiera puesto en mayor aprieto al exigirme la resolución de un problema algebraico, porque en último término tengo á Bustillo, Briot, Girodde y tantos otros que me le darían resuelto. ¿Pero y la revista?

Yo bien recuerdo que el salón estaba profusamente iluminado, mas que por las luces, por la radiante hermosura de nuestras paisanas; que la concurrencia fué numerosa, dando más animación al espectáculo, ellas por lo bellas, ellos por lo galantes y todos por lo elegantes; que varios jóvenes aficionados, que mas bien parecían profesores, ejecutaron admirablemente una fantasía sobre motivos de *Lucrecia*; que un poco mas tarde la señorita Amorin y los señores Salmón, Perez y Moreno ejecutaron á la perfección el bonito y difícil juguete *La casa de campo*; que mas tarde las señoritas Baquedano y Amorin y los señores Moreno y Salmón, hicieron las delicias del público con el chistosísimo juguete *Rosa blanca*; que todas y todos estuvieron *al pelo*: que al final fueron llamados á escena entre ruidosos aplausos, y obsequiadas las señoritas Amorin y Baquedano con palomas y bonitas cajas de dulces; que cual por arte de magia quedó preparado el salón para baile; y que se bailó mucho y bien. Yo bien sé todo esto, pero conque yo lo sepa é ignore decirlo en estilo claro, correcto y hasta... *ameno* (que todo se necesita), no salgo del compromiso contraido, y me veo precisado á cantar el *mea máxima culpa*; rogandoos me lo dispenseis, pues yo os prometo, mis bellas lectoras, no reincidir en tan enorme delito, no metiéndome en honduras de donde no pueda salir.»

Ya se están colocando en algu-

nas poblaciones las estatuas que se han fundido, mediante suscripción pública, para perpetuar la memoria del célebre filántropo don José María Muñoz.

Una de las primeras que se erigirán es la que levanta Murcia, la cual se halla ya terminada y depositada en uno de los salones de aquel ayuntamiento.

Se calcula que desde la creación del mundo han perecido 14.000.000.000.000 de seres humanos en las guerras que los hombres han hecho á sus semejantes.

Si este sorprendente número de hombres puestos en pié extendiesen los brazos y se cogieran de las manos, ocuparían sobre 14.538.330 millas de terreno, mejor dicho, circunvalarían 68 veces el globo.

Supongamos que el peso de un hombre sea un quintal (esto es, menos de lo regular): dará por resultado 69.200.000 toneladas, pisoteadas y desfiguradas. Este cálculo sorprenderá más sabiendo que si se pusieran en línea recta los dedos pulgares de aquellos seres humanos, alcanzarían 600.000 millas más alto que la luna; y si una persona se dedicase á contar el número á razón de diez horas por día, siete días por semana, y que contase 6.000 por hora, emplearía 339 años.

Los términos literales en que generalmente se saluda en diversas naciones son los siguientes:

En España.—¿Cómo está V.?

En Alemania.—¿Cómo se halla usted?

En Holanda.—¿Cómo va V.?

En Inglaterra.—¿Cómo se hace usted?

En Bohemia. —¿Cómo se *tiene* usted?

En Francia. —¿Cómo se *lleva* usted?

En Suecia. —¿Cómo *puede* V.?

En Rusia. —¿Cómo *vive* V.?

En China. —¿Cómo ha *comido* usted?

En Persia. —Que tu nombre no venga nunca á ménos.

En Egipto. —¿Cómo ha *sudado* usted?

En Teruel. —¿Cuántos gramos le *sisan* á V. en cada kilo? Espresiones al Ayuntamiento.

Es completamente falso que el Sr. D. Francisco Santa Cruz diputado á Córtes por este distrito, haya retirado su compromiso de suscribir acciones por valor de 25 000 duros para la constitución de la sociedad anónima denominada «Compañía del ferrocarril de Calatayud á Teruel.»

En las condiciones en que hizo el ofrecimiento ante la Junta que á este propósito se celebró en Daroca el 22 de Mayo de 1885, no solamente está dispuesto para confirmarlo sino que, no tendrá inconveniente en aumentarlo considerablemente si el país le ayuda para construir y explotar

Lo que hay es que la empresa iniciada en Daroca vá por caminos torcidos, á juicio de personas competentes, y no quieren exponer sus economías en un negocio que tal como vá encaminado con los mejores deseos, con la mas buena voluntad y el mayor desinterés por los que lo impulsan, no inspira la confianza que exigen los capitales de mayor cuantía para su segura inversión.

Cuanto á los verdaderos amigos ó enemigos de éste ferrocarril, ten-

ga paciencia el *Eco de Teruel* y espere sentado para saber *prácticamente* quienes son los unos y los otros.

El tiempo, que és gran maestro de verdades, sabe poner las cosas y los hombres en el lugar que les corresponde sin apasionamientos de ninguna clase.

Los farmacéuticos de Castellón, siguiendo el ejemplo de los de otras poblaciones, han acordado que los días festivos sólo se abra una botica, siguiendo todas riguroso turno para prestar este servicio.

Ayer empezaron los exámenes de los aspirantes á las plazas de oficiales y escribientes con destino á la Contaduría de fondos provinciales. Forman el tribunal el presidente de la Diputación, los diputados señores Esteban y Ferrer y los jefes de la contaduría y de la secretaría. Hay 11 aspirantes para tres plazas de oficiales y 14 para las dos de escribientes.

RICARDITO.

MÁXIMAS.

EL NIÑO HOLGAZAN.

A un jóven enteco,
—de allá..., de mi tierra—
con vida de achaques
y fastidios llena,

Por enfermedades
que causan vergüenza,
un robusto anciano
le dijo á la oreja:

—Trabajo y virtudes
dan al cuerpo fuerzas;
la holganza y los vicios
á ese estado llevan.—

A aquel que de niño

huye sus tareas,
muerte vergonzosa
de jóven le espera.

EL NIÑO RATERO.

A Juan Raterías,
ladron de la sierra,
la guardia civil
prendió por sorpresa.

El juez al garrote
pronto le condena,
y estando en capilla
su vida así cuenta:

—Cuando yo era niño
nunca iba á la escuela:
hurtaba á mis padres,
despues por las tiendas:

Luego secuestraba
matando en las sierras.—

¡Hombre de tal suerte
merece esa afrenta!

EL NIÑO GLOTON.

Yo conocí un niño
que siempre se hartaba,
y todos los días

uvas, nueces, pasas
Y otras golosinas
cogía de casa;
y sin dar á nadie
llenaba la panza.

Un día su abuela,
para matar ratas,
envenenó un queso,
sin saber él nada.

Come el muy gloton
del queso, y se mata!

La glotonería
causó tal desgracia.

BERNABÉ F. ROMEO.

ELOCUENCIA DE UN CADÁVER.

(Continuación.)

IV.

Aquella misma noche á las once, la señora Ruperta dormía profundamente. En la grande alcoba, con las dos modestas pero limpias camas, reinaban densa oscuridad y silencio profundo, interrumpido tan sólo por la respiración tranquila y acompasada de la pobre ciega. Inés,

que para no infundir sospechas se acostó también á la hora de costumbre y que preocupada y nerviosa en alto grado, no había querido, ni podido dormirse, se deslizó lenta y suavemente desde su catre al suelo y sin hacer el menor ruido, salió á la cocina, en donde había dejado á prevención, sin que la ciega pudiese advertirlo, sus mejores galas. Cerró cautelosamente la puerta de la salita, encendió una vela, se peinó de prisa y se vistió con toda la elegancia posible.

Inés quería parecer hermosa aquella noche; pero no pudo lograrlo. Sus ojos rasgados, tranquilos y dulces ordinariamente, estaban como asombrados, inquietos y ojerosos; sus sonrosadas mejillas parecíanse extraordinariamente á los jazmines del florido balcón; sus labios, ondulantes y risueños siempre, se adelgazaron y comprimieron rígidos; su corazón, bondadoso y pacífico por naturaleza, latía y saltaba con fuerza á impulsos de la tempestad que agitaba su pecho; y su aspecto todo, por último, era el de la mujer dominada por pasión violenta. La hermosura de Inés se había eclipsado, para dejar al descubierto las gracias apasionadas y sensuales.

La conciencia, sin embargo, no remordía á la graciosa guanterera de ningún mal propósito. Se envolvió en un mantón de lana, apagó la luz, abrió de nuevo y á tientas la puerta de la salita, aplicó el oído, y estuvo á punto de desmayarse al escuchar un suspiro quejumbroso de su madre, que daba, á la vez, una vuelta en la cama; pero, cerciorada de que seguía durmiendo, tomó una caja de fósforos y las llaves, salió de la habitación, cerró la puerta haciendo el menor ruido posible y se deslizó como una anguila escalera abajo.

Al reunirse en la calle con sus compañeras y amigas Tomasa y Ramona, respiró con libertad, cesaron los temores y angustias y casi, casi se rió de sus propios sobresaltos y exageradas precauciones.

V.

La *Previsora Cooperativa* era una sociedad de artesanos *ilustrados*. Opinan muchos defensores ciegos y entusiastas de lo que se ha dado en llamar *civilización moderna* por antonomasia, que el artesano, para ser verdaderamente ilustrado á la manera del siglo, debe frecuentar los ateneos, casinos, cafés, escuelas

y demás lugares y espectáculos públicos; y como el pobre jornal de un bracero no presta para tales gollerías, los directores de la clase obrera han instituido en muchas capitales ateneos-casinos, que tengan y den algo de todo lo dicho, esto es, cátedras, escuelas, café, billar, teatro, conferencias, conciertos, veladas literarias y bailes. Creen algunos de buena fé, que en tales establecimientos se pone en práctica admirablemente el precepto de Horacio, esto es, se mezcla *utile dulci, lectorem delectando pariterque monendo*: yo, por el contrario, entiendo que los ateneos-casinos ni son casinos ni ateneos, ni enseñan ni deleitan; antes bien, son enemigos declarados del hogar doméstico contra los cuales trinan á voces con fundamento grande, la mujer y los hijos del obrero.

Pues bien, la *Previsora Cooperativa*, que era uno de tales centros, obsequiaba aquella noche á sus socios con un baile, no de máscaras porque el mes de las flores nó se asocia nunca á la careta, sino de sociedad. No podían asistir más *caballeros*, que los socios por lo cual Dieguito, apenas se separó de Inés, corrió á inscribirse en la *Previsora*, cosa sencillísima aún momentos antes de empezar el baile, porque todo quedaba reducido á pagar la cuota de entrada y un semestre anticipado de la mensual: total, cuatro pesetas. En cambio se prodigaban los billetes de *señora* y bajo la responsabilidad de los socios podían asistir todas cuantas lo tuiviesen á bien.

Los bailes aristocráticos detestan la puntualidad y empiezan á animarse dos horas después de la anunciada para su comienzo. No sucedió así en la *Previsora Cooperativa*. Su gran salón del piso principal, profusamente iluminado con arañas de iglesia, y tapizado á usanza del país con telas de rasillo de vivísimos colores y flecos de seda é hilos de plata y oro, es decir tapizado de *florero*, como en Valencia se dice, estaba casi lleno de bailarines de ambos sexos, minutos antes de las once, hora designada para empezar el baile.

Cuando llegaron Inés, Tomasa y Pepa, con Dieguito, que quiso presentarlas en persona, ya les costó algún trabajo entrar en el salón grande. Aquello era un horno y una piña de cabezas humanas que por el sudor y colores sanguinolentos de sus rostros, aventajaban al salón en no pocos grados de temperatura. Dieguito se apo-

deró del brazo de Inés, la cual encendida como una amapola, se dejaba conducir en silencio y miraba en todas direcciones con asombro. Tomasa y Pepa encontraron muy pronto un par de mozos crudos de su misma estofa, y como la caridad bien ordenada empieza por uno mismo, agarráronse cada una con su respectivo cada uno y dejaron á Inés y Dieguito solos, completamente solos, entre muchedumbre tanta.

No quiero puntualizar detalles ni copiar diálogos, ni describir escenas, ni exteriorizar apetitos y sentimientos recónditos. Basta con que se imagine el lector que la orquesta tocaba un wals rápido; que los enemigos del baile, de las aperturas y pisotones habían huido del salón grande, refugiándose en los otros departamentos del casino; que numerosas parejas íntimamente enlazadas, confundiendo en uno sus corazones y sus alientos, rodaban como peonzas por el salón formando un verdadero torbellino de carne humana; que Inés y Dieguito walseaban sin freno como las demás parejas y sin que se asombrase nadie de que la cándida paloma fuera tan ferozmente estrujada por las garras del gavilán; que, en sentir de personas timoratas y de poco mundo, Satanás en persona hacía de bastonero mayor y presidía aquella danza; y, por último, que allá en el techo del salón y como efecto de una especie de espejismo moral, se veía otra danza invertida, en la que tomaban parte vertiginosa, bailarines tan diestros como las intenciones aviesas, los propósitos criminales, los pensamientos libidinosos, los apetitos desordenados, las concupiscencias insaciables, las pasiones desenfrenadas y otros mil personajes de lodo y fuego, presididos por el demonio de la lujuria, bastonero delegado por Satanás, para que, en su nombre, presidiese el infernal baile. Pero corramos un velo, y de un pequeño salto, por que la calle es angosta, trasladémonos á la casa de enfrente.

VI.

En la habitación principal de dicha modesta casa, vivía un sacerdote, cuya historia puede referirse en pocas palabras. De familia humildísima y sin recursos, pero sintiéndose con vocación para el sacerdocio y los estudios, se trasladó en su juventud á Valencia y merced á la sopa de los conventos primero y más

tarde á la protección de un canónigo, al que sirvió en calidad de paje, pudo terminar brillantemente su carrera, licenciándose en teología y en ambos derechos, como se decía entonces. La guerra civil llamada de los siete años, le impidió ordenarse; se casó, ejerció la abogacía, fué juez de primera instancia y enviudó quedándole dos hijos. Aunque no le parecía bien, después de haber echado la carne al mundo, consagrar los huesos á la Iglesia (esta era su frase), como el cólera de 1855 le pusiera á las puertas de la muerte, desauiciado por el médico y después de haber recibido la Extremaunción, hizo voto de ordenarse si salía de tan grave apuro. Quiso Dios devolverle la salud, y el piadoso abogado cumplió su voto, ordenándose y dedicándose con toda su alma á la educación é instrucción de sus hijos. Tenían éstos once y trece años respectivamente, cuando su padre enfermó de nuevo y sufrieron la amargura de verle morir en sus brazos.

Ocurrió esto en la habitación que nos ocupa, frente al salón principal de la *Previsora Cooperativa*, el sábado al anochecer. El sacerdote difunto fué amortajado con alba, casulla y bonete, y con un crucifijo en las plegadas manos se le tendió, entre cuatro blandones amarillos, sobre un paño negro, en la mejor salita de la casa, cuyos dos balcones caían á la calle y daban frente á los balcones del casino.

Los pobres huérfanos pasaron toda la noche, con algunos amigos de la familia arrodillados sobre el paño negro, á los piés del cadáver sacerdotal y rezando partes de rosario por el eterno descanso del alma de su difunto padre. El baile empezó en la *Previsora* á las once en punto y aunque estaban cerrados los balcones de ambas casas, la música y el bullicio del ateneo casino, se oían perfectamente desde la estancia mortuoria. ¡Qué contraste!

La noche no podía ser mas cálida ni apacible. Se anticipaba el verano y en la habitación mortuoria se sentía calor y olores nada gratos, por lo que uno de los amigos del difunto abrió los balcones de la salita. El salón de la *Previsora Cooperativa* se había caldeado de manera, que aquello era un horno material y moral, alimentado por la alta temperatura de la noche y por el fuego de las más viles pasiones en ebullición. Manifestaron algunos al presidente del ateneo-casino, que

aquello era insoportable y mandó abrir los balcones quedando el baile de cuerpo presente ante un cadáver.

Tal es la vida: torbellino de locuras concupiscentes, que hallan su natural correctivo y reposo en el seno de la muerte. Las lágrimas corrian hilo á hilo por las mejillas de aquellos pobres huérfanos, que acaban de perder para siempre lo que más amaban en el mundo. Parecía que no hubiese para ellos consuelo posible. En el salón, por el contrario, todo era agitación placentera, bullicio, sonrisas, carcajadas y regocijos. Se divertían aquellas parejas, como si la tristeza y el dolor hubiesen desaparecido para siempre de este valle de lágrimas. Allí silencio, aquí algaraza; luto y velas amarillas en la salita mortuoria, galas y bujías blancas y deslumbrantes en el salón del baile; lágrimas y risas, honda pena y placeres hondos, oraciones y pecado; en la casa la muerte aterradora y repugnante, en el casino la vida en el paroxismo de sus atractivos peligrosos. Pero aquella desventura y muerte pueden ser principio de felicidad inmarcesible y vida perdurable, al paso que esta vida y placeres vertiginosos pueden ser causa de muerte eterna y suplicios inconcebibles.

Nada más lejos de las mentes de Inés y Dieguito, que tan torcedoras reflexiones. Este daba por realizada su diabólica conquista, al notar que aquella se abandonaba por completo en sus brazos y no teniendo ya fuerzas para resistir descansaba su calenturienta cabeza sobre el hombro del galán. Así walsaba y rodaba por el salón la joven pareja, cuando al pasar junto á uno de los salones recién abiertos, Inés se estremeció de espanto, dió un grito y perdió el sentido. No cayó al suelo *come corpo morto cade*, porque Diego la recogió y sostuvo en sus brazos. Se formó un grupo en torno de la desmayada Inés, acudieron en seguida Tomasa y Pepa, sacaron fuera del salón á la pobre Inés, le rociaron el rostro con vinagre y agua, vino un médico, tranquilizó á los presentes diciendo que aquello no era nada, hizo aspirar á Inés el contenido de un frasco y poco á poco volvió la guantero á la vida, con alegría grande de Tomasa y Pepa.

—Pero ¿qué te ha pasado? (preguntó Dieguito con solicitud pegajosa).

Inés volvió la cabeza con horror sin

querer contestar; y el médico preguntó entonces:

(Se continuará.)

MANUEL POLO Y PEYLORÓN.

COSAS DE MI PAÍS.

[LOS CONSTITUCIONALES.]

ENÍA yo entonces unos nueve años. Vestido como los chicos del país, llevaba unos calzones de lienzo amarillo, teñidos con azafran, una chupadela mismatela de color gris, unas calzas azules de lana, y unos zapatos que eran de mi abuela, pero que aun estaban en buen uso. En el pueblo llamábanme el *Médico* (por ser nieto de este profesor,) ó bien el Quico, abreviatura de Francisco que era mi verdadero nombre de pila. Mis ocupaciones en aquellos felices tiempos, eran solamente asistir á la escuela un rato por las mañanas y el resto del día, correr y trepar por las peñas y árboles buscando nidos, grillos y demás pajarracos é insectos, y bañarme en el río si hacía calor, hacer bolas de nieve en invierno ó poner trapas y lazos para coger gorriones y verderones.

¡Oh! ¡que buena edad aquella! ¡Qué plácido era todo lo que me rodeaba! ¡Con cuanta alegría se deslizaban aquellos plácidos días! ¡Cuántas veces los he visto y recordado en sueños!

Era el día 25 de Febrero de 1823. Cuando desperté, sonaban las nueve en el reloj de la casa de la villa; las ventanas de mi cuarto estaban llenas de nieve y seguía esta cayendo con tal abundancia, que no se descubrían las casas del otro lado de la plaza. En la calle oíanse grandes voces de hombres y mugeres; cacareaban las gallinas, corrían ganados y caballerías. Previendo que algo extraordinario pasaba en el pueblo, salté de la cama desechando la pereza que me aprisionaba, cogí la ropa bajo del brazo y corrí á vestirme delante del fuego en la cocina.

En el patio de casa estaba mi abuela y dos ó tres mugeres mas conversando con grande interes como si comunicasen graves noticias; hombres y mugeres con

cestos y bultos bajo del brazo corrían por la calle, Juan Cano, Luis Pardo, el Royo y dos chicos más amigos míos con las megillas y nariz encarnadas, el gorro calado hasta las orejas y las manos metidas en los bolsillos pasaron conversando por delante de mi puerta.

Al pasar y verme, Luis me llamó y reunido á ellos, Juan me dijo. *Quico* vienen los constitucionales, ¿vamos á verlos? Dí mi asentimiento y todos echamos á correr y salimos del pueblo.

Fuera del lugar, encontramos bastante gente y al alcalde y dos ó tres individuos más del ayuntamiento. Los constitucionales llegaban en aquel momento. Montado en un caballo rojo venia el Jefe al frente de ellos, llevando el sable desenvainado, grandes charreteras de color de plomo, casaca verde con vivos rojos, pantalón blanco y botas cubiertas de barro. En la cabeza llevaba un gran morrión con plumas que azotaba el viento y en cuanto á la tropa que le seguía, iban vestidos todos de una manera irregular y pintoresca mezcladas las prendas de uniforme militar con los calzones y los vestidos de paisanos; morriones en la cabeza unos, otros cascos, otros pañuelos y algunos con sombreros de copa, todos con escarapelas rojas y amarillas.

Sin dejar de andar el caballo, preguntó el Jefe al alcalde con una seca y chillona voz.

—¿Conqué tu eres el alcalde?

—Sí, señor comandante, contestó éste algo afectado.

—¿No has visto blancos por aquí?

—Nó, comandante.

—¿Estás seguro? Vamos, mírame de frente.

—No he visto á ninguno.

El comandante detuvo el caballo y dirigiendo oblicua mirada al alcalde, le levantó el brazo como para pegarle con el sable, y con lenta voz añadió.—¡Ya sabes alcalde que alguna vez nosotros fusilamos á los que nos engañan!

El rostro de éste que estaba amarillo, tornóse blanco, pero replicó con firmeza.

—Comandante; los he visto, pero ahora hace una porción de días que no han estado en el pueblo.

—Mientes;—gritó el Jefe descargando un gran sablazo en la espalda del alcalde, que vaciló y casi cayó al suelo.

La banda de chiquillos y mugeres que

habíamos salido á recibirlos, nos dispersamos chillando por todas las calles del pueblo y corriendo nos metimos en nuestras casas, previendo que nada bueno podíamos esperar de aquella gente que venía pegando.

Desde mi casa ví desembocar á la tropa en la plaza. Allí el Jefe dió la voz de alto; y dando órdenes á los soldados, estos se dispersaron fusil al hombro, dejando antes un fuerte reten en el *patín* de la plaza y el alcalde prisionero en la casa de la villa.

Todo el día seguía nevando. Mis abuelos estaban más tristes aquel día y yo comprendía que algo grave les pasaba. Como eramos *conducidos* y estábamos libres de tener alojados, no teníamos soldado alguno en casa; cosa que me tenía algo disgustado y me hacía discurrir si mis abuelos estarían tristes por la misma causa.

Todo el día permanecí en casa encerrado por orden de mi abuelo, sin salir á la puerta de casa siquiera; hasta que á eso de las tres de la tarde aprovechando la salida de mi abuelo á visitar la muger del tejedor que había sido herida por un constitucional, salíme detrás de él y me uní al Rojo y otros tres chicos que estaban haciendo bolas de nieve en la plaza.

Ginés, el hijo del carpintero llegó entonces y nos contó que en la calle del *castillo* reñían los soldados y las mugeres.

Llenos de curiosidad corrimos hácia la dicha calle; en ella vimos una jóven, (la hija del herrero) desmelenada, arañado el rostro y tan lijera de ropa que llevaba solamente la camisa, bajaba llorando y gritando: ladrones, infames y otras voces por el estilo y se quejaba que la habían quitado la honra.

Toda la banda de muchachos nos reímos de su facha y sus lamentos y hasta hubo alguno que le tiró pelotas de nieve; ¡qué sabíamos nosotros de honras! Su padre, descompuesto el traje, sin nada en la cabeza y con una segur en la mano, salió en pos de ella perseguido por dos constitucionales que le pegaban con la culata de los fusiles.

Uno de los soldados la emprendió también con nosotros, y todos los amigos nos dispersamos corriendo y escapando de la nube de palos y puñados de nieve que nos echaba encima. Yo que corría el que

menos á causa de los zapatos que me eran bastante anchos, fuí alcanzado por aquel bárbaro y después de sufrir una porción de golpes sali de él corriendo, pero sin los zapatos, causa de mi mal, que se quedaron en su poder.

Cuando llegué á mi casa huyendo, encontré la puerta entornada y á mis abuelos que estaban en el rincón de la cocina; mi abuela llorando, y mi abuelo en mangas de camisa, tenía los codos en las rodillas, y la cabeza apoyada en las manos. Ni el uno ni el otro pararon mientes en mi presencia y siguieron en la misma posición que los encontré á mi llegada. Dirijí la vista por la cocina, y después por el cuarto próximo y encontré todo rebuelto y tirado por el suelo; las arcas estaban también abiertas y vacías y solamente alguna que otra ropa se veía colgando de sus bordes ó en el suelo.

Por las palabras que pronunciaba entre dientes mi abuela, comprendí que durante mi ausencia habían estado los soldados en mi casa y habían hecho de las suyas. A mi abuelo, al volver de la visita, también le habían sido robados la levita y el sombrero tricornio.

¡Oh! ¡cuan triste estaba todo en mi casa aquel día!

¡Siempre recordaré aquella escena! El profundo silencio de la cocina, turbado solamente por las voces que se percibían en las casas inmediatas y en la plaza, mi abuelo en un rincón con la cabeza baja, mi abuela llorando y con el rosario en la mano, el gato á un lado, la débil llama que desprendida de un leño alumbraba la escena y los trastos rotos y tirados por el suelo, hicieron tal impresión en mí, que hoy, á pesar de los años transcurridos, todavía lo veo como si fuese aún aquella triste tarde!

Pasaron tres horas en el mismo silencio, oscuridad é inmovilidad de mis abuelos, turbada al fin por aquel que se levantó y cerrando la puerta de la calle, nos mandó á dormir á mi abuela y á mí.

Con un pedazo de pan que me dió ésta para cena y las buenas noches, me acosté en mi cama, en donde gracias á mis pocos años y á la ignorancia de lo que pasaba á mi alrededor, dormí profundamente en los brazos de Dios.

Pocas horas llevaba de sueño, cuando me despertó extraño tumulto; parecía que se había alborotado todo el pueblo; cerrábanse puertas y ventanas y en la plaza

oíanse grandes detonaciones y descargas de fusilería. Eran disparos hechos en pelotón á veces, y á veces de uno á uno.

Grandes alaridos y voces escuchábanse en los intermedios de las descargas, y estas repetíanse sin cesar; y á lo lejos ó por lo demás del pueblo, oíanse lo mismo, y á las campanas de la iglesia y casa de la villa que tocaban unas veces á rebato y otras á fuego.

Lleno de terror cubrí mi cabeza con la ropa de la cama para no oír nada, y así permanecí hasta que no escuché ya detonación ninguna. Entonces me vestí á oscuras y abriendo la ventana de mi cuarto, me asomé á ella y descubrí al reflejo del crepúsculo matinal sobre la blanca nieve, grandes montones de hombres y caballos muertos y heridos, y á las gentes del lugar corriendo de un lado para otro con luces en la mano, y á otros hombres con armas que corrían también, gritaban y gesticulaban como dando órdenes.

Poco despues vi á mi abuelo ir de uno á otro lado, y á una porción de mugeres que corrían y llevaban trapos, vendas y jarros de agua y vinagre para curar los heridos.

Lleno de miedo por estar en casa solo y decidido á ver aquellas cosas mas de cerca, bajé y salí á la calle, y el espectáculo que presencié me dió frio. Con los cabellos erizados, vi varios hombres muertos en medio de la plaza; dos ó tres caballos yacían también á su lado, y un gran charco que se destacaba sobre la nieve, servíales de lecho ó cama. Un poco más lejos veíanse otra porción de compañeros también muertos y junto á ellos un hombre que pugnaba por levantarse pero que no podía conseguirlo; tenía un balazo atravesado por los riñones y en él reconocí al soldado que me había quitado los zapatos; pidióme agua al llegar á él, pero lleno de miedo huí de él creyendo que aun me quería coger y hacer daño y me refugié en la casa inmediata en donde se descubría luz y en ella encontré á mi abuelo que estaba curando á siete ú ocho hombres que, llenos de sangre y dando grandes lamentos, yacían acostados en el suelo cubierto de paja.

Aterrado también con aquel espectáculo, salí otra vez á la calle y vi á un gran grupo de hombres armados que venían hácia la plaza conduciendo una porción de prisioneros. Entre estos venía el Jefe; desnudo ó á medio vestir, mostran-

do en su semblante un abatimiento y cobardía que hacía contraste grande con la orgullosa actitud que mostró cuando pegó al alcalde el día anterior.

Siguiendo á este grupo, llegué con él al patín de la casa de la villa, donde descubrí nuevos muertos por el suelo; las paredes estaban todas salpicadas de sangre y sesos, las armas yacían ensangrentadas y tiradas por todos los lados y todo descubría que allí habíase desarrollado la parte principal del drama de aquella noche.

El sol reflejando sus rayos sobre los miles de prismas de la nieve que cubría todo el pueblo, vino á dar nueva animación y colorido á aquel terrorífico cuadro.

Por todas las calles del pueblo descubriánse nuevas víctimas de aquella fratricida lucha; los vecinos sacaban arrastrando los cuerpos de los que habían muerto en sus casas, de allí eran recogidos y llevados á la plaza donde eran echados en medio de ella, formando un gran montón que llenaba de terror y tristeza.

Setenta y siete fueron los que en aquella mañana se recogieron y por la tarde algunos mas. Despues de desnudar algunos de ellos, cargados en carros ó bien llevados en escaleras y parihuelas, fueron enterrados todos juntos en un grande hoyo que el alcalde había mandado hacer fuera del pueblo.

Los heridos guardaban proporción con el número de muertos, aunque hubo pocos, atendido á que casi todos los que cayeron fueron rematados; pues no se les daba cuartel por las fechorías que antes habían hecho en el pueblo y en los otros por donde habían pasado.

Quando mi abuelo cansado de curar heridos, vendar brazos y reconocer cadáveres, se recogió á casa á desayunarse y reponer sus fuerzas, estaba yo en la puerta de ella sin atreverme á entrar porque dentro se oían grandes voces y lamentos que cesaban de rato en rato. Agarrado á su ropa penetré con él en la cocina y despues en el cuarto de la leña que era donde se oían las voces. Tendido en el suelo y medio cubierto de sarmientos y aliagas, se presentó á nuestros ojos un hombre que estaba herido.

Ayudado por un vecino que entró á las

voces que dió mi abuelo, este y el vecino sacaron aquel hombre de entre la leña y lo trasportaron á mi cama que era la mas cercana que habia de la cocina.

Una vez tendido en ella, mi abuelo cogió la sonda y desnudó al herido principiando su cura sin mas ceremonias. Me acerqué, el vecino tenía un brazo levantado por debajo del cual entre el seno y la axila aparecía un agujero azulado del que brotaban algunas gotas de sangre. Mi abuelo con los labios apretados, sondeaba la herida; la sonda penetró un buen pedazo, sin tropiezo alguno.

—¡Es extraño! dijo y continuó sondeando.

El herido exhaló un largo quejido y mi abuelo, volviéndose, me mandó que fuese corriendo á llamar al señor cura que estaba en la plaza.

Llegado este con dos ó tres más de ayuntamiento, dió al herido la Santa Unción, sacramento único que podía recibir y mi abuelo y yo salimos á buscar á mi abuela que no parecía ni respondía por ninguna parte.

Desnuda, transida de frio, sin habla y sin coloren sus mejillas, encontramos á la aterrada anciana escondida entre dos tinajas en la bodega, en donde sin duda se habia refugiado llena de miedo durante el combate. Cerca de ella habia un hombre muerto que herido buyendo habia penetrado allí buscando refugio también, pero que murió luego y habia concluido de asustar á mi desgraciada abuela; tanto, que por mas que fué llevada á la cama, abrigada y por mas medicinas y disposiciones que tomó con ella mi abuelo nunca mas volvió á pronunciar palabra, sino que al siguiente día tuvimos el gran dolor de pederla eternamente.

Epilogo.

La visita de aquellos constitucionales, de aquellos defensores de la libertad, constitución y derecho de los pueblos y del hombre, tan bellos, tan sublimes y tan inapreciables en sí todos ellos; habiannos costado á nosotros, sin contar las demás gentes del pueblo, los correspondientes sustos, el saqueo de casa hecho porque sí, las gallinas, la levita de mi abuelo y su clásico sombrero de tres picos, mis zapatos, y lo más sensible de todo, á mi

abuela que nos dejó á su esposo sin compañera y á mí sin segunda madre, puesto que este papel hacia conmigo desde la muerte de su hija Cristina.

Han pasado muchos años. En ellos muchas veces me he preguntado, ¿influiría esta desgraciada visita de los constitucionales, en la marcha y desarrollo poco progresivo de las ideas que ellos decían defender para que estas se hayan arraigado tan poco en estos pueblos?

Yo creo que sí.

Formado el batallón de Oñate, que así se llamaba el Jefe que era de Zaragoza, de gentes voluntarias y asalariadas, habia salido de Zaragoza y subido á estos pueblos dejando en ellos el mas triste recuerdo de su llegada y despedida.

Las mugeres, las gallinas, las ropas, alhajas, en fin todo era realista para ellos y víctima de su rapacidad y valeroso comportamiento.

En los pueblos donde permanecían un día, no solamente se deseaba que no volvieran, sino que perecieran pronto todos ellos; muchos paisanos engrosaban las filas realistas en venganza de agravios recibidos de ellos y pronto su mala fama se extendió por el país en donde se les llamaba con el nombre del *Batallón del Oñate*.

¿Qué podía este esperar en un país en donde las antiguas ideas estaban aun arraigadas y al cual al llevarle las nuevas se le trataba de aquella manera? Lo que sucedió. Reunidos los descontentos á los realistas, que al mando de D. Mariano León de Huesa estaban en Armillas, sorprendiólos este en su pueblo y no solamente disolvieron el batallón, sino que acabaron con sus individuos, salvándose solamente el Jefe, los músicos y algun otro más que cayeron prisioneros ó capitularon en las casas, porque si escapó tambien alguno, fué cazado después por los pueblos de su tránsito y en los cuales pagó con creces el mal causado á su subida.

Achacados estos desmanes por sus enemigos, no á ellos sino á sus ideas; los pueblos tomaronles adversión y asco, y he aquí por qué á pesar del caracter independiente y libre que distingue desde la antigüedad á estos pueblos, las ideas modernas han arraigado tan despacio y tan raquíticamente en este país.

S. GISBERT.

MISCELÁNEA.

PRECIOS DE GRANOS
EN ESTE MERCADO

Chamorra.	32 á 33 rs. fan. ^a
Idem ordinaria	30 á 31 »
Royo.	26 á 27 »
Jeja.	27 á 28 »
Morcacho.	19 á 21 »
Centeno	16 á 16.2[1] »
Cebada	16 á 17 »

ELIXIR DE ANÍS.

AGUARDIENTE DE VINO, SIN MEZCLA
DE ALCOHOL INDUSTRIAL.

Tónico — Estimulante. — Estomacal.

10 rs. botella.—8 rs. litro.

Farmacia de Adan — Teruel —

Solita, ó amores archiplatónicos por D. Manuel Polo y Peirólon.—Elegantemente impresa sobre papel satinado, con viñetas, tipos elzevirianos y cubierta á dos tintas, acaba de publicarse esta novela, original, de costumbres valencianas contemporáneas; y al precio de diez reales se vende en las principales librerías. El autor la remite también á correo vuelto. Por vía de prólogo lleva al frente una monografía sobre *naturalismo literario*, premiada en público certamen por la Sociedad Económica de Alicante con medalla de oro y título de socio de mérito. El autor (que vive Rubón, 7, Valencia) la remite á correo vuelto.

Gran suscripción musical, la más ventajosa de cuantas se publican; pues reparte además de la música de arzueta que se dá por entregas y sin desembolsar un céntimo más, otras obras de regalo. Á ELECCION DE LOS SUSCRIBIDORES, cuyo valor sea igual al que hayan abonado para la suscripción.

Almacén de música de D. Pablo Martín=Correo, 4=Madrid.=Corresponsal en Teruel, Adolfo Cebreiro=San Esteban=5.

Las primeras brisas otoñales despiertan una grave preocupación en el ánimo de las señoras todas, y singularmente en el de las madres de familia. Hay que prepararse á recibir la estación de los frios, tan dura y prolongada, proveyendo á la necesidad de nuevos trajes, abrigos, sombreros, etc. ó de reformar los antiguos, y todo esto, mediante una

ordenada distribución del presupuesto doméstico; medida de prudencia, que en modo alguno se aviene mal con el buen gusto.

En estos casos es cua da principalmente se reconoce la utilidad y el valor práctico de una publicación especial que, como la antigua y acreditada *Moda Elegante Ilustrada*, pone al alcance de las señoras, sin distinción de categorías sociales, los medios de poder confeccionar *en casa* toda clase de prendas de vestir, para su propio uso y el de sus hijos, gracias á la considerable cantidad de modelos, figurines, patrones trazados en tamaño natural, y explicaciones minuciosas que da en cada número de sus cuatro distintas ediciones, cuyos precios varían entre 40 pesetas al año y 4,25 por tres meses.

La Administración de *La Moda Elegante Ilustrada* (Carretas 12, principal, Madrid) envía gratis el prospecto y un número de muestra á cuantas señoras desean imponerse de las condiciones materiales de la publicación.

La Guirnalda, que ha realizado importantes mejoras en su texto publica grabados de modas y labores que en nada desmerecen de los periódicos de más lujo, y en su verdadera especialidad de dibujos para bordar es el que da pliegos nutridos de infinidad de modelos de la mayor utilidad para Colegios, Escuelas y para las familias todas, que encuentran en esta publicación, la más barata de las del bello sexo, cuanto pueden necesitar para sus labores y para vestir con elegancia: es sin disputa la que más se recomienda al público.

La Correspondencia Musical es, sin duda, el mejor periódico de teatros, música y bellas artes que se publica en España. Los mejores artistas nacionales y extranjeros colaboran en él, y la música que reparte á sus abonados en cada número es selecta y de mediana dificultad. Se suscribe en el almacén de música y pianos del Sr. Zozaya, carrera de San Jerónimo, 34, Madrid.—Cuesta un trimestre 24 reales, y 88 el año.

A todos los que deseen estar al corriente de los adelantos científicos é industriales, conviene suscribirse á la muy acreditada *Revista Popular de Conocimientos Útiles* que se publica en Madrid. Las suscripciones se hacen dirigiéndose al Administrador calle del Doctor Fourquet, 7.—Cuestan por un año 40 reales; seis meses 22; tres meses 1.

Regalo.—Al suscriptor por un año se le regalan 4 tomos, á elegir, de los que hayan publicados en la *Biblioteca Enciclopédica Popular Ilustrada* (excepto de los *Diccionarios*), 2 al de 6 meses y uno al de trimestre.

Teruel.—Imp. de la Beneficencia.